

PEDRAZUELA FUENTES, Mario (2010): *Alonso Zamora Vicente: vida y filología*. Alicante: Publicaciones Universidad de Alicante, 483 pp.

La obra del Dr. Mario Pedrazuela Fuentes constituye una visión pormenorizada y firmemente documentada de la situación social, económica, política, cultural y educativa de la reciente historia de España tomando como eje de la narración la peripecia vital de Alonso Zamora Vicente (1916-2006).

Alonso Zamora Vicente es el centro vertebrador de los años narrados a partir de sus orígenes familiares (Madrid y la ribera del Júcar: “Yo he hecho en el campo lo que todos los chicos: yo he trillado, he vendimiado, he aprendido a realizar las faenas del campo, de lo que realmente me siento orgulloso, porque lo auténtico es lo rural”. “Mis veranos en tierras manchegas me enseñaron a amar una forma de vida que en la ciudad ya estaba en retirada”). Sus primeros recuerdos, como es obvio, aparecen ceñidos a la vida madrileña de la época: los inicios del cine, el teatro, la zarzuela, las visitas de familiares y amigos, los paseos (Rosales, la Casa de Campo, El Pardo), la calle; sobre todo la calle.

La calle (Puerta de Moros, San Pedro, Las Vistillas “las tardes se sucedían bajando y subiendo las cuestas de Las Vistillas”, el Palacio Real...) se convierte en su gran escuela de vida (“En la calle aprendí a distinguir las estaciones del año mediante las fiestas populares, en la calle aprendí a saludar, a distinguir los rituales de las fiestas, en la calle aprendí a comprender las diferentes formas de vida que en una ciudad como Madrid convivían, en la calle aprendí a hablar de diferente forma a como se hablaba en casa”).

La formación escolar tiene lugar en el Colegio español-francés de la calle de Toledo (“Recuerdo que el colegio tenía un aire, un aire, algo así, como institucionista”) y en el Instituto de San Isidro –en donde, según Camilo José Cela, coincidían en las clases de latín– hasta su ingreso en la Universidad: “Tuve la suerte de asistir a la mejor Facultad de Letras que haya existido nunca en España...”

“Lo de la Facultad de Filosofía y Letras ya lo sabes –le cuenta a Camilo José Cela–, allí estuve del 32 al 36; después, al acabar la guerra, en el año 40, me licencié. En la Facultad coincidía con María Josefa en las clases de Navarro Tomás; yo trabajaba en el Centro de Estudios Históricos con Ramón Menéndez Pidal, Navarro Tomás y Américo Castro, y ella en *Índice literario*, con Salinas”.

Alonso Zamora Vicente siempre fue un extraordinario lector, ya en la Facultad, descubrió a Proust, Joyce, John Dos Passos... Por esas fechas nuestros clásicos ya le eran familiares, conocía perfectamente a la Generación del 98 y llegó a ser compañero y amigo de muchos de los profesores-creadores de la Generación del 27 (Dámaso, Salinas, Guillén, Aleixandre...). De Salinas y de Dámaso había sido alumno en la Universidad.

La Guerra Civil (él siempre la denominaba “incivil”) aparece como un terrible hiato en la formación y prospectiva de lo que hubiere podido ser su vida si ésta no hubiera tenido lugar; es el fielato que marcó sus años posteriores ya que sus referentes ideológicos, formativos y culturales siempre estarán ceñidos a sus años

anteriores a la guerra civil. Su esencia vital, también. Alonso Zamora Vicente siempre ha dicho que “no le dejaron cumplir más de veinte años”. Los que contaba entonces “cuando se armó la que se armó”, en palabras coloquiales que con frecuencia empleaba para referirse a la sublevación militar.

Camilo José Cela lo dejó escrito de esta manera: “Alonso Zamora Vicente y yo somos del mismo reemplazo, la bien zurrada quinta del 37. Alonso Zamora Vicente y yo fuimos compañeros en la Facultad de Filosofía y Letras, antes de la guerra, y lo somos ahora en la Academia...” Alonso Zamora Vicente llevó a cabo, como Secretario Perpetuo de la Corporación (1971-1989), bajo la Dirección de Dámaso Alonso una profunda renovación y puesta al día de la Academia Española.

Había leído su discurso de recepción (1967) sobre *Asedio a “Luces de Bohemia”*, primer *esperpento* de Ramón del Valle-Inclán. Dicho discurso supuso un mucho de atrevimiento y bastante de provocación cultural ya que, por aquellos años, Valle-Inclán no estaba bien visto por la propaganda oficial. El nuevo académico quiso poner de manifiesto, en el día de su recepción pública, la virtualidad estética y cultural de uno de los autores más universales del siglo XX español.

De su paso por las universidades de Santiago de Compostela, Salamanca y Madrid siempre ha dejado constancia en sus propios trabajos y temas de investigación, así como lo fue su paso por el Instituto de Mérida. Allá donde fue intentó servir de puente entre lo que supuso su formación y sus maestros y la nueva realidad universitaria tan alejada de sus principios. Pero en todos sus destinos, dejó una huella imborrable entre sus alumnos por su decidida identificación con nuestras gentes más humildes y por su amor por nuestras tierras, por lo popular (cerámica, folclore –en sus labios siempre aparecía, en el momento oportuno, la canción tradicional que explicaba por sí misma una opción vital-) y, sobre todo, porque lejos de pontificar, les mostraba la mejor manera de discurrir por cuenta propia.

AZV dirigió las dos entidades más importantes del habla hispana allende el Atlántico: el Instituto de Filología de Buenos Aires y el Colegio de México, amén de profesar en multitud de universidades extranjeras. Pudo quedarse a vivir fuera de España, pero siempre entendió que el puesto de un español está en España: “Después de rodar por el mundo pienso que nos debemos a nuestro país, pese a todo; pese a la envidia, que es el mal hispánico”.

Las inquietudes de Alonso Zamora Vicente no sólo atendieron a la investigación dialectal, literaria, estilística, histórica, ensayística, divulgativa de nuestros clásicos, sino que se adentraron en el cine, la cerámica, la pintura, en la dirección de líneas editoriales literarias y lingüísticas, en la creación de la revista *Filología*, en la dirección de Cursos dedicados a la formación de profesores de español (que intentaron ser una actualización de los cursos que había conocido en el Centro de Estudios Históricos) y, sobre todo, en la creación literaria propia. Alonso Zamora Vicente ha sido un extraordinario prosista: Su obra creativa, suficientemente extensa, le sitúa en la narrativa de posguerra como un escritor de genio, como un escritor singular, al bucear en la mejor veta de la tradición popular, libre de toda

hojarasca, y expresarla estilísticamente mediante su gran aportación personal: el lenguaje.

En el libro que reseñamos, Alonso Zamora Vicente –a partir de la estructura social de Madrid como referente de la España de su tiempo- se convierte en el eje motriz de la historia de España de 1916 hasta 2006, vista ésta en un primer momento (formación universitaria) desde la intelectualidad reformista, desde la Junta de Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas y su obra más señera: el Centro de Estudios Históricos, puesto que nuestro biografiado va a formarse con los hombres señeros de la Escuela de Filología Española.

El Capítulo 1 describe con minuciosidad, documentalmente y por transmisión oral del propio biografiado, el origen y composición de la familia, su situación en ella, la transformación de Madrid y sus inicios en el mundo de las letras. La Universidad, el Centro de Estudios Históricos, las Misiones Pedagógicas, la guerra civil y el regreso a Madrid son contados con precisión, documentación y exégesis en el capítulo 2. La guerra civil también nos es contada desde la biografía personal de Zamora Vicente, pero siempre con la mirada puesta en sus maestros, en los hombres del Centro de Estudios Históricos que tanta influencia tendrían en su posterior vida universitaria. La Universidad española posterior a la guerra civil es la que le toca vivir a AZV como catedrático en las universidades de Santiago, Salamanca y Madrid (Complutense). El estudio nos irá describiendo con minuciosidad los quehaceres profesionales, científicos y culturales de la España de entonces ligados a la figura ejemplar de Alonso Zamora Vicente.

Todo ello constituye el capítulo 3 que consigna el sistema educativo en la inmediata posguerra, las oposiciones a Cátedra universitaria, la primera oposición y experiencia docente en Mérida, la permanencia en la Universidad de Santiago de Compostela, Asturias y los temas portugueses, la Universidad de Salamanca –la ciudad, las autoridades, las nuevas medidas educativas y la incipiente apertura- y el Instituto de Filología de la Universidad de Buenos Aires desde su creación y bajo la dirección de AZV.

Mario Pedrazuela Fuentes describe con acierto, siguiendo la recreación literaria plasmada tanto en la obra creativa como en multitud de recuerdos escritos y orales de AZV –siempre acompañado de los documentos históricos que lo atestiguan–, la situación social y cultural del Madrid de la época a través de las pincelas precisas que el autor va percibiendo desde su niñez y adolescencia, así como de las instituciones y de los hombres que pretendían sacar del inveterado atraso científico a la España de entonces a partir del empuje ideológico de la Institución Libre de Enseñanza, plasmado en la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas y en su criatura más prestigiosa: el Centro de Estudios Históricos.

El libro se fija detalladamente en todos los pormenores de la educación en España a lo largo de la vida de AZV, en los insignes hombres del Centro de Estudios Históricos, en su formación, en sus anhelos, en sus ideales, en sus enseñanzas, en su magisterio: Menéndez Pidal, Américo Castro, Tomás Navarro Tomás, Dámaso Alonso, Rafael Lapesa, nos son presentados, analizados y queridos por el discípulo

y por las cartas que entre ellos se cruzaban. No hay un dato de oídas, todo lo dicho por los escritos o por la memoria de AZV aparece debidamente atestiguado. Lo mismo ocurre en la Universidad, con sus profesores y con sus compañeros: entre ellos va a destacar quien posteriormente sería su mujer, María Josefa Canellada que murió en 1995: “Eso de la mujer no está mal –le diría a Camilo José Cela–; bueno, la verdad es que no está nada mal. A mí me dieron calabazas muchísimas veces, pero, al final, acerté: lo único serio que hice en mi vida fue casarme con una mujer excepcional en todos los sentidos, con una mujer que está lo mismo a las duras que a las maduras”.

Para Alonso Zamora fue la mejor universidad –la de la República– que soñar se pudo, una Universidad en la que el discernir y la convivencia entre profesores y alumnos cubría la ilusiones de los jóvenes de entonces. Alonso Zamora siempre nos presentó la Universidad madrileña como la culminación del sueño que los hombres de la Institución tuvieron para reformar la sociedad española, pese, quizá, a su elitismo de clase no intelectual.

La correspondencia que se cita, cruzada entre los miembros del Centro y de la Universidad, atestigua en primer lugar los desvelos por mejorar la investigación en el Centro, entendiéndose, en España, en segundo lugar se desvelan las grandes líneas de investigación llevadas a cabo por los integrantes del Centro, en tercer lugar se nos da a conocer los afanes particulares (Salinas, Amado Alonso, Américo Castro, Navarro Tomás, Montesinos...), en cuarto lugar sus posiciones no tanto ideológicas (todos ellos pensaban sacar a España de su atraso general en relación a los pueblos europeos y, en general, todos ellos se mostraron fieles a la República hasta el estallido de la guerra civil), sino su posicionamiento ante la sublevación militar, ante las delaciones, paseos y alteraciones de orden público, sobre todo ante la quema de palacios e iglesias por considerar que era dilapidar un extraordinario patrimonio artístico que pertenecía a España.

El capítulo 4 pasa revista a los años argentinos (1948-1952), su relación con Eduardo Mallea, Cortázar, Daniel Devoto, Borges y, sobre todo, con los exiliados españoles: Alberti, Sánchez Albornoz, Francisco Ayala... Reseña, asimismo, sus inicios como prosista en la *Nación*, su ingente labor al frente del Instituto de *Filología* desde todos los ángulos del saber, su dedicación total al hispanismo y sus preocupaciones transmitidas a sus maestros. El Dr. Pedrazuela Fuentes nos describe documentalmente el Instituto desde su creación hasta el final de los años de AZV. Narra con precisión, además, la vuelta a la Universidad de Salamanca, su implicación con el cine y con la literatura contemporánea tanto hispanoamericana como española: todo ello visto desde la España de los años cincuenta.

El capítulo 5 se centra en narrar la vida en México, su estancia en el Colegio de México; su azacaneada vida en los años sesenta, ya en excedencia de la Universidad de Salamanca, como profesor visitante en Universidades de Europa y Estados Unidos, nos es contada desde el prisma de España, así como la enorme productividad científica de dichos años. También se recoge en este capítulo el regreso a la Universidad española, a la Universidad de Madrid (Complutense), su elección

como académico y su dedicación absoluta a la Academia de la que fue Secretario Perpetuo.

No podía faltar en la biografía de Alonso Zamora Vicente un apartado a su obra creativa. Sin embargo, como el propio autor del estudio nos dice, se ha querido centrar en el Alonso Zamora Vicente filólogo sin entrar a analizar la obra creativa desde presupuestos estilísticos. Por ello, su obra creativa ocupa solamente un apartado en el capítulo 5. Es de espera que el autor de la biografía acometa la tarea de llevar adelante un estudio de la totalidad de la obra creativa de AZV.

*Alonso Zamora Vicente: vida y filología* se abre al lector con un excelente *Prólogo*:

La vida de Alonso Zamora Vicente, nacido en 1916 y fallecido noventa años después, es una buena atalaya para contemplar el devenir de una parte fundamental de la vida intelectual española entre la tercera década y el último cuarto del siglo XX. En los años treinta, el Centro de Estudios Históricos, brote de la Institución Libre de Enseñanza y de la Junta para Ampliación de Estudios, significa el gran paso adelante de las disciplinas humanísticas en España. Pero su existencia queda truncada en 1936 por la Guerra Civil, y sus maestros y discípulos han de dividirse en dos exilios, interior y exterior, que saben mantener encendida la llama de la escuela, en nuestro país y en América, el tiempo que dura la vida de los que han sobrevivido a la ruina: entre los filólogos, Menéndez Pidal, Américo Castro, Navarro Tomás, Amado Alonso, Gili Gaya, Dámaso Alonso, Rafael Lapesa, Alonso Zamora...

El estudio de Mario Pedrazuela Fuentes nos rescata a un Alonso Zamora Vicente en plenitud, nos presenta al maestro que conocimos y que disfrutamos por su sensibilidad para abrirnos los ojos ante el canto de un pajarillo, por capacitarnos para sentir sensaciones diferentes ante la llegada de las cigüeñas, por acompañarnos en la lectura de César Vallejo, de Machado, de Juan Ramón, de Garcilaso, de Gil Vicente... Zamora Vicente ha sido ejemplo vivo de dignidad y de magisterio. Por las páginas del libro de Mario Pedrazuela Fuentes podemos reencontrarnos con el Maestro.

Jesús SÁNCHEZ LOBATO  
Universidad Complutense de Madrid